

Padre, ¿qué tiene que tomar del Padre? Y glorificando al Padre, ¿no se glorifica á sí mismo? De suerte que las tres personas divinas pasan su tiempo en glorificarse una á otra, es decir, en glorificarse á sí mismas; ¡esto se llama una revelacion de la naturaleza de Dios! ¿Qué es lo que Dios nos ha revelado? Palabras y sonidos que no tienen ninguna significacion para nosotros. En verdad que da lástima el genio cuando se lee en Bossuet: "El Espíritu Santo toma del Padre, del cual procede primitivamente, y tomando del Padre, toma lo que es del Hijo, puesto que todo es comun entre el Padre y el Hijo, excepto sin duda el ser Padre, porque esto es lo que es propio al Padre. El Hijo tiene, pues, todo lo que tiene el Padre, excepto el ser Padre; él tiene, pues, tambien el ser principio del Espíritu Santo, porque esto no es ser Padre; esto es porque el Espíritu Santo es el Espíritu del Padre, como del Hijo." (1). Aquí paramos; hay páginas enteras en las *Meditaciones de Bossuet* llenas de ese contrasentido; parecen alucinaciones de la locura; hé aquí lo que la revelacion nos enseña de la esencia de Dios.

Parecen hechas esas locuras para excitar la ironía de los incrédulos; el gran burlon del siglo XVIII no dejó de sacar partido de ellas. Oigamos al hermano Rigoletto explicando la Trinidad al emperador de la China; le dice primeramente que el Dios Hijo nació en un pesebre, y que hasta los treinta años ejerció el oficio de carpintero. "¡Un Dios carpintero! exclama el emperador. ¡Un Dios nacido de una mujer! Todo lo que decís es admirable." Lo que es más admirable, añadió el reverendo padre, es que la Madre de Dios era virgen, y Dios fué el que hizo un hijo á María; por el pronto no comprendió el emperador. "Me decías hace un momento que María era madre de Dios; luego Dios cohabitó con su madre para despues nacer de ella." "Eso es, eso es, exclamó Rigoletto, la gracia se opera ya; estais en ella; digo yo que Dios se transformó en paloma para hacer un hijo á la mujer de un carpintero, y este hijo fué Dios mismo." "Hé aquí, pues, dos dioses, replicó el emperador haciendo un cálculo, ¡un carpintero y una paloma!", "Sin duda, señor; pero hay todavía un tercero más, que es el padre de estos dos." Aquí el reverendo ó

su intérprete se equivoca. Dios Padre ha engendrado al Hijo; en cuanto al Espíritu Santo, no nació, sino que procedía solamente del Padre. Esto es lo que *Voltaire* reconocía, añadiendo: "El Padre ha engendrado al Hijo ántes de estar en el mundo; el Hijo ha sido despues engendrado por la paloma, y la paloma procede del Padre y del Hijo. Ahora bien, veis que la paloma que procede, el carpintero que ha nacido de la paloma, y el padre que ha engendrado al hijo de la paloma, no pueden ser más que un solo Dios, y que un hombre que no crea en esa historia debe ser quemado en este mundo y en el otro." Eso es claro como el día, dice el emperador (1). Con esto nos despedimos del padre Rigoletto; no es su lenguaje tan sublime como el del águila de *Meaux*; pero si es irreverente, ¿de quién es la culpa? La culpa es del inefable dogma, tejido de galimatías que tiene que traducirse en necedades cuando se le quiere hacer comprensible.

III.

Dicese que la revelacion da á conocer al hombre verdades inefables, sea; pero ¿para qué debe el hombre conocer la verdad? Sin duda para su perfeccionamiento intelectual y moral. ¿Y cómo pueden perfeccionar la inteligencia y el corazon misterios incomprensibles y dogmas que no tienen sentido para la razon del hombre? Todos los dogmas del cristianismo tienen, segun los apologistas, una influencia moral. Un filósofo inglés, que él mismo sospecha no ser muy ortodoxo, ha tomado la defensa de la ortodoxia. *Clarke* insiste en que el sacrificio de Jesucristo atestigua la bondad de Dios y su amor por los hombres (2); el argumento es comun, pero no por ser comun es más cierto. ¿Qué impresion puede hacer en nuestros sentimientos y en nuestras ideas un sacrificio del cual no concebimos ni la posibilidad, porque este pretendido sacrificio supone que el Creador ha venido á hacerse criatura que sufre y que muere, cosas todas inconcebibles, digamos mejor, imposibles? ¿Es preciso un misterio divino para hacer sentir al hombre la

(1) VOLTAIRE, *El emperador de la China y el padre Rigoletto* (Obras, t. XXXII, p. 409-411).

(2) CLARKE, *a Discourse, concerning the being and attributes of God, and the truth and certainty of christian revelation*, p. 284 y siguientes.

bondad divina? Que abra los ojos é interroge á su conciencia, y descubrirá á cada paso señales tan evidentes de la caridad divina, que tendrá que ser ciego para no verlas y bruto para no testificar su reconocimiento; y ¿cómo puede la criatura manifestar su gratitud á los innumerables beneficios de que la colma su autor, sino afanándose por ser perfecta como Aquel que es la perfeccion? Bajo este punto de vista, la revelacion es por lo ménos inútil. ¿Para qué sirve una verdad, así sea absoluta, que nos es extraña, que no podemos asimilarnos y que no tiene para nosotros más que tinieblas? La verdad imperfecta, tal como la razon humana la concibe, tiene mil veces más importancia para nosotros que la inefable verdad que Dios sólo comprende. Nosotros descubriremos la verdad con el sudor de nuestra frente; el trabajo intelectual es el que nos fortifica y el que, por lo mismo, contribuye á nuestro perfeccionamiento, mientras que las pretendidas verdades que nos son comunicadas por vía de milagro nos dejan inertes y pasivos. ¿Para qué es buena, pues, la revelacion, áun suponiendo que sea posible?

Dicese que el cristianismo ha revelado verdades que tocan de cerca á nuestro destino, á nuestra vida actual y á nuestra existencia futura. Ántes que todo el pecado original. ¿Comprendemos el pecado original mejor que la Trinidad? *Bossuet* ha querido, si no explicárnosle, al ménos hacernos comprender su gravedad. Escuchemos: "¿Quién podría decir cuán enorme ha sido el crimen de haber caído, al acabar de salir de las manos de Dios, de tan gran felicidad, de tan gran facilidad de no pecar? Hé aquí ya dos causas de la enormidad: la felicidad del estado del cual estaba desterrada toda necesidad, y la facilidad de perseverar en ese venturoso estado, en que no había ni avaricia, ni ignorancia, ni error, ni enfermedades." *Bossuet* no se apercibe de que cuanto más exalta la perfeccion del hombre ántes de su caída más increíble é imposible hace esta caída, y tampoco advierte que hay un abismo entre la culpa y el castigo. Para concebir el primer pecado, es preciso al ménos suponer al hombre falible, en cuyo caso viene á ser imperfecto, y su crimen pierde su gravedad. ¿Qué es, en resumen, ese famoso pecado? La prohibicion que Dios hizo á Adán, dice *Bossuet*, no fué más que una dulce prueba de la sujecion, un freno ligero del libre albedrío, para que supiese que tenía un

señor, pero el señor más benigno, que le imponía por bondad el más dulce y más ligero de todos los yugos." Traducida al lenguaje ordinario, esta magnífica fraseología quiere decir: que el mandamiento de Dios era un precepto arbitrario, de cuya moralidad no podía apercibirse el hombre, y que, por consecuencia, su falta fué una simple desobediencia y la más disculpable de todas. Sin embargo, continúa *Bossuet*, Adán cayó, y Satanás ha sido su vencedor. Despues recurre á toda la pompa de su estilo, para describir las consecuencias espantosas de este pecado. Es un crimen que comprende en sí todos los crímenes, un crimen por el cual da la muerte á todos sus hijos, que son todos los hombres, á quienes entrega al demonio para que los degüelle; Adán ha sido, pues, homicida y paricida de sí mismo y de todos sus hijos, á quienes ha degollado, no en la cuna, sino en el seno de su madre y hasta ántes del nacimiento (1).

Las consecuencias del pecado son todavía más espantosas que el pecado mismo. *Pascal* se ha preguntado ya si el pecado original se concilia con la justicia divina: "No tiene duda, dice, que no hay nada que choque más con nuestra razon que el decir que el pecado del primer hombre haya hecho culpables á aquellos que, estando tan alejados de esa fuente, parecen incapaces de participar de ella; no solamente nos parece imposible esta sucesion, sino hasta muy injusta; porque ¿qué hay más contrario á nuestra miserable justicia que condenar eternamente á un niño incapaz de voluntad por un pecado en que él parece tener tan poca parte, y que fué cometido seis mil años ántes de que él existiera?" No preguntéis la razon del pecado original á *Pascal*, os responderá: "El pecado original es locura ante los hombres, pero se le da por tal; no debeis, pues, censurar el defecto de razon en esta doctrina, puesto que yo la doy por ser sin razon." (2). ¡Hé aquí otra vez más una singular revelacion de la verdad! El hombre suplica con ansiedad á su divino autor que le revele el misterio de su destino, y la respuesta de Dios es una amenaza terrible de condenacion eterna; y uniendo la ironía á la crueldad, dice á sus criaturas: "Seréis condenados, no me preguntéis por qué; mi justicia

(1) BOSSUET, *Elevaciones sobre los misterios*, VI, 7 (Obras, t. III, p. 485).

(2) PASCAL, *Pensamientos*, art. VIII y XII, 2.

á vuestros ojos no es más que locura. „ ¡Adelantados estamos los pobres mortales!

Es tan flagrante la injusticia de Dios, que ha sublevado la conciencia humana y la ha divorciado del cristianismo tradicional; para rehabilitarle, sus defensores se han visto obligados á abandonar la tradicion, torciéndola, alterándola ó truncándola. Opongámosles la autoridad de *Bossuet*, que niega esas reglas terribles de la justicia divina por las cuales está maldita la raza humana desde su origen, y que adora los juicios de Dios que mira á todos los hombres como un solo hombre en aquel de quien él quiere hacerlos á todos salir. Si se le recuerdan las reglas de la justicia humana, responde como *Pascal*: “Creamos que la justicia de Dios no quiere ser medida por la de los hombres y que tiene efectos mucho más extensos, mucho más íntimos. (1) Siempre palabras, y palabras que no satisfacen á la conciencia ni áun á la fe. *Bossuet* procura además meterse en las profundidades de la justicia divina; pero se estrella miserablemente: “Era justo, dice, que Dios castigase á Adán, no solamente en sí mismo, sino áun en sus hijos, como una porcion de las más queridas de su sustancia. (2) *Bossuet* atribuye á Dios, no la justicia de los hombres, sino su injusticia; los hombres han castigado por mucho tiempo á los culpables en sus hijos; pero á medida que su conciencia se ilumina, rechazan esa iniquidad. No hay más que el Dios de los cristianos condenado á permanecer eternamente bárbaro, porque place á la Iglesia imaginar una revelacion que debe ser inmutable. Hé aquí la verdad que debemos á la revelacion sobre nuestro destino: una iniquidad tal, que los más profundos pensadores del cristianismo no llegan á encontrar en ella una sombra de razon.

Ya hemos oído á los cristianos, escuchemos á los libres pensadores; el lector decidirá de qué lado se encuentran la razon y el buen juicio. ¿Cuál es el pecado de Adán, segun *Rousseau*? “Que protestó contra una prohibicion inútil y arbitraria; pero aquello era una inclinacion natural que, léjos de ser viciosa en sí misma, está conforme con la buena constitucion del hombre, puesto que saldría fuera del estado de su conservacion si no tuviera

(1) *BOSSUET*, *Discurso sobre la historia universal* (Obras, tomo IX, p. 128).

(2) *BOSSUET*, *Elevaciones sobre los misterios*, VII, 2 (Obras, tomo III, p. 467).

un amor muy vivo por el sostenimiento de todos sus derechos, tales como los ha recibido de la naturaleza. „ Este lenguaje es el del hombre libre y estas máximas las que la conciencia moderna ha grabado en nuestras leyes. *Rousseau* añade que si hay falta también hay un motivo tan natural de indulgencia y conmiseracion en la astucia del tentador y en la seduccion de la mujer, que, á considerarse con todas sus circunstancias el pecado de Adán, no se puede encontrar en él más que una falta de las más ligeras; sin embargo, ¡qué espantoso castigo! ¡Adán condenado con toda su raza á la muerte en este mundo y á pasar la eternidad en el otro devorados por los fuegos del infierno! ¿Es esta la pena impuesta por un Dios de misericordia á un pobre desgraciado por haberse dejado engañar? El pecado original no compromete solamente la justicia de Dios, sino que hasta repugna á todas las ideas que nos formamos de nuestra Providencia. Es preciso creer efectivamente, como dice *Bossuet*, que “quien nos engendra nos mata; que recibimos al mismo tiempo y del mismo origen la vida del cuerpo y la muerte del alma. „ Dios crea, pues, á los hombres sabiendo que están consagrados á la muerte eterna. *Bossuet* también es quien lo dice: nosotros no nos engañamos, es la Sagrada Escritura la que nos enseña que hay una ley que se llama ley de muerte, que hay un decreto de condenacion dado indiferentemente contra todos, y que basta nacer para quedar sometido á él (1). ¡Qué idea de gobierno providencial! ¡Poder concebir, exclama *Rousseau*, que Dios cree tantas almas inocentes y puras para unirlas expresamente á esos cuerpos culpables, para hacerlas contraer en ellos la corrupcion moral y condenarlas todas al infierno, sin otro crimen que esa union que es obra suya! (2).

Pascal insiste mucho en que el misterio del pecado original, por incomprensible que sea, ilumina el misterio de nuestro corazon. El apologista triunfa en el seno de las tinieblas que acumula y exclama: “El laberinto de nuestra condicion forma sus vueltas y revueltas en este abismo, de suerte que el hombre es más inconcebible sin ese misterio que el misterio es inconcebible para el hom-

(1) *BOSSUET*, *Sermónes á bre la Concepcion de la Santísima Virgen* (Obras, t. VI, p. 619, 632).

(2) *ROUSSEAU*, *Carta á M. de Beaumont*.

bre. „ *Voltaire* se ha encargado de responder á este galimatias teológico. “¡Qué extraña expiacion! *El hombre es inconcebible sin un misterio inconcebible*. Es mucho no poder entender nada de nuestro origen, sin explicarlo por medio de una cosa que no se entiende; ¿no vale mucho más decir: *no sé nada?* Un misterio no fué nunca una explicacion. (1) ¡Y qué misterio! *Voltaire* se mofa, y tiene razon: “Las miserias de la vida no prueban la caida del hombre más que las miserias de un caballo de tiro probarian que los caballos estuviesen otro tiempo todos gordos y no recibiesen latigazos, y que desde que á uno de ellos se le ocurrió comer avena, todos sus descendientes fueron condenados á tirar. (2).

Pascal y *Bossuet* no niegan la injusticia que el pecado original atribuye á Dios; pero salen del atolladero recusando nuestra miserable justicia: *Voltaire* se indigna contra esta escapatoria: “Un mentecato fanático me repite, despues de tantos otros, que no nos toca á nosotros juzgar de lo que es justo y razonable en Dios, que su razon no es como la nuestra y que su justicia tampoco se parece á la nuestra. ¡Bien! ¿y cómo quieres tú, loco energúmeno, que juzgue de la justicia y la razon de otro modo que por las nociones que yo tengo de ella? ¿Quieres que ande de otra manera que con mis piés y que hable con algo que no sea mi boca. (3).

Hé aquí el misterio que Dios ha revelado para explicarnos el secreto de nuestra existencia y de nuestro porvenir; preguntábamos para qué era buena la Trinidad; ¿preguntaremos ahora para qué sirve el pecado original? Nada nos enseña, puesto que es el más incomprensible de los misterios. Si es ajeno á nuestra inteligencia, ¿sirve al ménos para perfeccionar nuestra moralidad? Pero ¿cómo ha de poder purificar nuestro corazon un vano sonido de palabras? ¿Ha de ser haciéndonos dudar de la bondad de Dios? Por eso mismo no puede decirse que fortifique nuestra fe, á ménos que no sea una fe como la de *Tertuliano*, que ama lo absurdo, ó como la de *Pascal*, que aconseja embrutecerse para creer; ¿serán muy edificados por el

(1) *VOLTAIRE*, *Observaciones sobre los pensamientos de Pascal* (Obras, t. XXIX, p. 272).

(2) *VOLTAIRE*, *Carta del 22 de Junio de 1734 á la Condamine* (Obras, t. XLVI, p. 392).

(3) *VOLTAIRE*, *Diccionario filosófico*, palabra *Impío* (Obras, tomo XXXVI, p. 520).

dogma del pecado original aquellos á quienes repugna lo absurdo y lo injusto? No hay nada que haga más incrédulos; citaremos un testimonio interesante; el de una mujer á la cual no se la puede disputar una alta moralidad: *Madama Roland* dice en sus *Memorias*, escritas al pié del cadalso: “Cuando imbuida en la historia consideraba yo la marcha de los imperios, las virtudes públicas y los errores de tantas naciones, encontraba mezquina, ridícula y atroz la idea de un Creador que entrega á tormentos eternos esos innumerables individuos, débiles obras de sus manos, arrojados sobre la tierra en medio de tantos peligros y en la noche de una ignorancia por la cual tanto habían ya sufrido; me he equivocado sobre ese artículo, se dijo la jóven, no me engañaré acerca de los demas. (1).

Si al nacer somos condenados á muerte eterna, ¿cómo hemos de alcanzar nuestra salvacion? El cristianismo responde: por la gracia; este es un nuevo misterio que se podría llamar con mucha razon el misterio de la iniquidad; estamos condenados á la muerte del alma por el solo hecho de nacer; alcanzando á todos esta reprobacion, Dios escoge algunos elegidos, los elegidos que están predestinados á la vida eterna; los que no son elegidos quedan en la masa que ha incurrido en el pecado de Adán; ¿entran, al ménos, por algo en su eleccion ó en su reprobacion los méritos ó los deméritos del hombre? No. La gracia es esencialmente gratuita. Hé aquí nuestra existencia en este mundo y nuestra vida futura, tal como Dios nos la revela. Los defensores modernos del catolicismo hacen con la gracia lo que con el pecado original, acusan á los libres pensadores de ignorancia, de mala fe, ¿qué se yo? y hasta de calumnia. Les preguntaremos si *Bossuet* sabia el catecismo, si era un rigorista ó un sectario, ó si era ortodoxo, porque *Bossuet* va á abrumar á los neo-católicos y á mostrarnos la revelacion en todo su error (2).

Los apologistas modernos dicen que Dios concede á todos los hombres suficiente gracia para salvarse; ¿ésta es también la opinion de *Bossuet*? Ve que unos obran bien; ¿por qué? Porque les acompaña la gracia; luego es evidente que los que

(1) *Memorias de madama Roland*, en la Coleccion de *Memorias de Berville*, t. I, p. 76.

(2) *BOSSUET*, *Defensa de la Tradicion y de los Santos Padres*, lib. XII, c. IX, XII, XIII, XIV y XVIII (Obras, tomo III, páginas 356-359, 360-362).

no obran bien no tienen gracia; hé aquí ya una *preferencia* en favor de los elegidos, y esta preferencia, según *Bossuet*, no es debida al mérito, sino gratuita, puramente gratuita, dada sin tener en cuenta méritos anteriores ni futuros. "Así pues, la preferencia que hace dar la gracia á todos aquellos que la tienen, es decir, á todos los que realizan el bien de su salvación, es de pura gracia." Los que no obran bien no cuentan con la gracia; los demás, los que obran bien, son los preferidos por una *predilección* por la cual, dice *Bossuet*, deben á Dios eterno reconocimiento. Esta *predilección* es lo que se llama *predestinación* en el lenguaje de la teología, y está prevista, querida y ordenada por toda la eternidad. Por toda eternidad ha elegido Dios á unos y abandonado á los otros en la masa de perdición: los primeros son los bienaventurados, los otros los condenados. ¿Ha dado Dios á los condenados medios de salvarse? "Es constante, dice *Bossuet*, que Dios tiene medios seguros para salvar al hombre; y si los diere á todos, todos se salvarían." Pero esos medios seguros no los da á todos, ¿á quién se los da? "Á TODOS LOS QUE SE SALVAN." Hé aquí la doctrina de San Agustín con sus horribles consecuencias, reproducida á fines del siglo XVII por el último Padre de la Iglesia. ¿Á qué queda reducida la justicia de Dios? ¿Á qué su misericordia? *Bossuet* responde: "Aquellos á quienes Dios no da su gracia extraordinaria, que conduce infaliblemente á la salvación, no tienen de qué quejarse: la razón de ello es, según San Agustín, que el padre de familia no debe la gracia á nadie, y puede hacer de lo suyo lo que quiera, y aún puede decir á los murmuradores: Si os dejo en la masa justamente condenada por vuestro origen, no teneis por qué quejaros de la justicia que os hago." *Bossuet* añade que Dios da á todos la gracia necesaria para su salvación; esto está admitido en teología, pero no es verdad; el mismo *Bossuet* confiesa que eso es difícil de conciliar con la preferencia gratuita que acaba de establecer con tanta certidumbre. En definitiva, para explicar la salvación de los elegidos y la condenación de los réprobos no hay más que una cosa que decir: "¿Quién conoce los designios del Señor y quién ha penetrado en sus altos consejos? ¡Oh! ¡hombre! ¿Quién eres tú para discutir contra Dios? Él hace actos de elección y actos de reprobación como le place; sus consejos son impenetrables é incomprensibles sus caminos." Te-

nemos otro misterio, y aún el más horrible de todos!

Apresurémonos á dejar esa sombría teología que hace desempeñar á Dios el papel de verdugo, y para reconciliarnos con la razón humana, escuchemos la protesta del sentido recto contra los horrores que se atreven á llamarse revelación de Dios. "Si alguno, dice *Voltaire*, viniese del fondo del infierno á decirnos de parte del diablo: Señores, os advierto que nuestro soberano señor ha tomado por su cuenta á todo el género humano, excepto una parte insignificante que habita el Vaticano y sus dependencias, suplicaríamos todos á ese diputado que nos inscribiese en la lista de los privilegiados, y le preguntaríamos qué era preciso hacer para obtener esa gracia. Si nos respondía: "No podeis merecerla; mi amo tiene hecha la lista de todos los tiempos, sin tomar en cuenta más que su voluntad; continuamente se ocupa en hacer infinidad de vasos de barro para uso poco decente y algunas docenas de vasos de oro; si sois vasos de barro, tanto peor para vosotros." Á tan bellas palabras, enviaríamos á estacazos al embajador á su señor. Hé aquí, sin embargo, lo que hemos imputado á Dios, al Sér eterno, soberanamente bueno. Siempre se ha censurado en los hombres que hayan hecho á Dios á su imagen; nosotros, cien veces más inconsecuentes, acusamos devotamente á Dios de lo que jamás hemos acusado al último de los hombres." *Voltaire* es muy indulgente diciendo que sería menester hacer ayunar á pan y agua á los que ajustan semejantes cuentas, hasta que recobrasen el sentido común. Hay algo más que locura en su espantosa doctrina; hay cálculo, hay sed de poder; ¿por qué predicán los teólogos misterios que no comprenden? ¿Por qué quieren que sean revelados esos misterios? ¿Por qué hacen condición de salvación la creencia en dogmas que sublevan la razón y la conciencia? Porque han querido que la salvación no se consiga más que por medio de su secta, y además, que la salvación en su secta sea exclusivamente para los que estén sometidos (1).

IV.

Dejemos á un lado los misterios que, sin demasiada irreverencia, pueden calificarse de bromas

(1) VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, palabra *Gracia* (Obras, tomo XXXVI, p. 335-337, 332, 331).

de mal gusto. ¿Hay verdades prácticas que haya hecho la revelación conocer al hombre? Después de la noción de Dios, no hay creencia más esencial que la de la inmortalidad del alma; ¿la debemos á una revelación milagrosa? Bajo el punto de vista cristiano, no hay más que una revelación, que es la que Dios hizo por medio de Moisés y Jesucristo. El Hijo mismo de Dios dice que la ley nueva se confunde con la ley antigua; abramos, pues, el Pentateuco, y escuchemos lo que nos enseña Moisés de la vida futura; grande es nuestra sorpresa por no encontrar en él esa palabra; poco importa que Moisés haya conocido ó ignorado ese dogma fundamental; lo cierto es que no le ha revelado al pueblo de Dios; hé aquí, pues, una religión revelada que ignora un artículo de fe sin el cual se creería que no hay religión posible, y no por eso es el hecho ménos incontestable; resulta, pues, que sobre el punto que interesa más que otro alguno, el destino del hombre, la revelación no ha revelado nada; y, sin embargo, ¿no tiene la revelación por objeto y única razón de sér hacer conocer á los hombres la ley que les rige y que la razón no les explica suficientemente? Hé aquí una revelación que guarda silencio sobre la vida futura, que por ese silencio hace creer que no hay otra vida más que la existencia actual, y que confirma este error hablando sin cesar de recompensas y penas temporales; la revelación ha enseñado el error á los hombres en vez de enseñarles la verdad; *Voltaire* ha podido decir sin exageración: "Si Dios ha dejado al pueblo del Antiguo Testamento en la ignorancia de la inmortalidad del alma, ha engañado á su pueblo querido; la religión judía es falsa; luego si la religión cristiana está fundada en la judía, no se apoya más que en un tronco podrido." (1).

Verdad es que, á la venida de Cristo, los Judíos estaban generalmente convencidos de la inmortalidad del alma, á excepcion, sin embargo, de una secta que permaneció adicta á la letra de la antigua ley, y que, no encontrando en ella la vida futura, la negaba. ¿De dónde sacaron los Judíos este dogma? Este es el punto más curioso del debate que tan vivamente se agitó en el siglo XVII; ni está en sus libros sagrados, ni ménos en los de

Moisés; si la creencia de una vida futura fué tomando cada vez más cuerpo desde el destierro de Babilonia, ¿no es más que probable que los Judíos la tomaran de los Persas? La probabilidad se convierte en certidumbre cuando se examinan los detalles del dogma; lo más característico de él es la resurrección, y también la encontramos en la doctrina de Zoroastro; inútil es ya insistir en un punto que está fuera de duda; de este modo, el pueblo á quien Dios se reveló milagrosamente aprendió el punto fundamental de toda religión de un pueblo ajeno á toda revelación y que, por consiguiente, no tenía por única fuente de su conocimiento más que la razón. Vamos á parar á esta singular consecuencia: que la revelación pretendidamente divina es insuficiente, y esto sobre una creencia esencial, mientras que una religión que no era revelada estaba profundamente imbuida en esta creencia. ¡Un pueblo pagano, un pueblo infiel, un pueblo que está bajo el imperio de Satanás, es el que comunica su fe al pueblo de Dios!

Hé aquí cómo ilumina la revelación á los hombres sobre el misterio de su destino; *Voltaire* triunfa y canta victoria, porque, arruinando la revelación de Moisés, arruina al mismo tiempo la revelación cristiana y toda revelación. El abate *Bergier* trató de responder á este formidable adversario; pero basta la apología para confundir al apoloquista y á la revelación. ¿Por qué no ha explicado Moisés la inmortalidad de una manera clara y precisa? Porque los adversarios del profeta habrían dicho que en el tiempo de Moisés no se había meditado todavía bastante para poder hacer una profesión de fe bien distinta de su inmortalidad, de donde hubieran sacado una objeción contra la antigüedad de sus libros. ¡Oh sabio apoloquista! Olvidais que Moisés es un profeta, un revelador, y que el mejor medio de probar su misión habría sido revelar á los hombres verdades que la razón no percibe más que á través de un velo que las oscurece. ¿Podrá creerse que *Bergier*, después de haber dicho que en el tiempo de Moisés no se conocía todavía el dogma de la inmortalidad, que al ménos los filósofos habrían podido sostener, añade que la inmortalidad del alma no era puesta en duda por ninguna nación, y que la idolatría, en vez de debilitar este dogma, le había hecho más popular? Y ¿qué deduce de ello? Que era inútil que Moisés profesase distintamente una verdad de la cual nadie in-

(1) VOLTAIRE, *La Prohibición de mi tío*, c. xv (Obras, t. XXIV, página 291).

tentaba dudar (1). ¡Luego porque no se dude de Dios, los fundadores de la religion no deben hablar de Dios! Pero los pueblos idolatras que, segun *Bergier*, creian tan firmemente en la vida futura, ¿se formaban una idea exacta de esa existencia? ¿No creian la mayor parte en la metempsicosis? ¿No estaban los demas entregados al error del panteismo? En presencia de estos extravíos, ¿no era útil y hasta necesario iluminar á los Judios, revelándoles la verdad sobre la vida futura?

Para completar el cuadro, añadamos que los más célebres apologistas del cristianismo dicen absolutamente lo contrario de lo que *Bergier* afirma con tanta resolucion. *Samuel Clarke*, para establecer la necesidad de una revelacion milagrosa, cita el dogma de la inmortalidad del alma: ¿podía la razon, por sus solas fuerzas, llegar á la certidumbre sobre punto tan capital? No, dice, no hay más que ver lo que piensan los filósofos: Sócrates prueba que el alma es inmortal, y en el momento de morir dice que la vida futura es un gran acaso. Ciceron reproduce los argumentos del sabio de Atenas; pero él mismo está tan poco convencido de ellos, que confiesa sus vacilaciones y sus dudas. ¿Quien, pues, ha dado al espíritu humano la conviccion firme de la inmortalidad? *Clarke* responde: Dios solo, por la revelacion cristiana (2). Seria bueno que los apologistas comenzasen por entenderse; el uno dice negro, el otro blanco, y el negro y el blanco deben probar igualmente la revelacion. El sistema de *Clarke* es tan falso como el de *Bergier*. No, no es el cristianismo el que ha revelado á los hombres el dogma de una vida futura: Jesucristo se inspira en la fe de los Judios, y los Judios la habían tomado de los Persas. No, el cristianismo no ha dado á los hombres la certidumbre de la inmortalidad; no ha hecho más que admitir una creencia general, mezclando á ella nuevas fábulas; por mejor decir, todo es fabuloso en la doctrina cristiana, el paraiso, el purgatorio, el infierno, y estos errores obran sobre la concepcion de la vida presente que el espiritualismo desordenado del Evangelio sacrifica enteramente á un porvenir imaginario.

Si es imaginaria la dicha que el cristianismo promete á sus elegidos, ¿qué ha de pensarse de las

(1) BERGIER, *Tratado de la verdadera religion*, t. vi, p. 229.
(2) CLARKE, *the Evidences of natural and revealed religion*, página 183 y siguientes.

vías que enseña para llegar á ella? Segun los apologistas, ese es otro de los beneficios y de las necesidades de la revelacion. En el cristianismo son considerados los sacramentos como medios de salvacion; pero hay uno sobre todos que es de tal manera indispensable, que sin él no hay salvacion posible: el niño que no es bautizado no puede gozar de la felicidad celeste; ¿por qué? Un nuevo misterio. Nacemos bajo el imperio de Satanás, y el bautismo nos libra de las espantosas consecuencias del pecado original. ¿Cómo puede salvar al niño un poco de agua derramada sobre la cabeza? El instrumento de salvacion es tan imaginario como el pecado de Adán; ¿qué influencia puede ejercer ese sacramento en la inteligencia y en el corazon del niño, cuando no tiene conciencia de lo que hace? En la Eucaristía, el fiel desempeña al ménos un papel; pero, aparte del sentimiento de piedad que le anima, todo es allí igualmente misterio; es decir, imaginario. Segun los apologistas, los sacramentos fortifican la fe; estamos conformes, si se trata del que tenga fe bastante robusta para creer que comiendo pan come á Dios; pero ¿cuántos incrédulos no ha hecho ese Dios-pan? Parece inventado para alejar del cristianismo á todos aquellos cuya razon se despierta: tan lleno está de absurdos y de imposibilidades. Este es el menor cargo que los libres pensadores dirigen á los sacramentos, que, en lugar de perfeccionar al hombre, ciegan su inteligencia y corrompen su corazon con mucha frecuencia. Si el sacramento salva por sí mismo, como pasa con el bautismo, ¿no es de temer que los fieles imaginen que el efecto milagroso de las ceremonias prescritas por la Iglesia baste para asegurarles la vida eterna? Y ¿puede haber preocupacion más funesta á su moralidad, y, por consiguiente, á su perfeccionamiento? Que existe la preocupacion nadie se atreverá á negarlo, ni tampoco que el sacerdocio imbuje esta falsa creencia y la cultiva, porque es el más sólido fundamento de su poder: resultado, que los sacramentos, como los misterios, parecen inventados para beneficio del clero; si son instrumento de salvacion, son mucho más aún instrumento de dominacion (1).

Esto es lo que los deístas ingleses censuran al culto de los cristianos. La defensa de los apologistas

(1) TINDAL, *Christianity as old as the creation*, pág. 141 y siguientes.

tas no es muy á propósito para reconciliar á los libres pensadores con el cristianismo; tiende más bien á alejarlos más, porque vicia la nocion misma de Dios y hasta la nocion de religion. Dios, dice *Leland*, puede muy bien imponernos observancias cuya significacion no comprendamos; ¿con qué fin? Para probar nuestra obediencia (1); ¿qué concepcion de Dios! ¿No se parece á un hombre dirigiendo un animal? Hay, sin embargo, la diferencia de que el animal no tiene medio de obrar sobre su razon, puesto que carece de ella; pero al hombre ¿no le ha dado Dios la razon, no le ha dado la conciencia? Y cuando le place revelar la ley de salvacion, no se dirige ya al sér racional, sino al bruto, dándole mandamientos arbitrarios, como á Adán, ó inmorales, como á Abraham, ¡y se quiere que el hombre se doblegue ante esa pretendida revelacion! Decimos, pues, que la apologia de los defensores del cristianismo vicia la esencia de la religion que debe labrar la salvacion de los fieles; y labrar la salvacion de los fieles, ¿no es perfeccionar sus facultades intelectuales y morales? Y ¿cómo ha de aumentar el hombre en inteligencia, en moralidad, cuando como objeto de fe se le revelan misterios de los cuales no comprende palabra? ¿Cuando para honrar á Dios se le prescribe un culto, del cual no concibe nada, y se acude á sus más bajos instintos, haciéndole obedecer para librarse del infierno y ganar el cielo? ¡Y para semejante religion se ha necesitado una revelacion milagrosa!

V.

Los incrédulos del último siglo no hicieron mal en sublevarse contra una revelacion que arrebató á cada instante el buen juicio y el sentido moral. Dicese que es necesaria para comunicarnos verdades que nuestra razon no hubiera nunca encontrado; esto es verdad, responde *d'Holbach*; queda saber si eso prueba por la razon ó por la revelacion. El Hijo de Dios se ha encarnado para enseñarnos la Trinidad: “¿Acaso las naciones más ignorantes y más salvajes han engendrado opiniones más monstruosas y más á propósito para extraviar la razon? Para creer el misterio de la Trinidad es menester comenzar por creer el misterio de la Encarnacion. “¿Quién no ve que este absurdo esté tomado de

(1) LELAND, *a Defence of christianity*, t. i, p. 45.

los Egipcios, los Judios y Griegos, cuyas ridículas mitologías suponían dioses revestidos de la forma humana y sujetos, como los hombres, á las enfermedades de su naturaleza? Este Dios encarnado viene á salvarnos; pero ¿de qué y cómo? ¡Siempre misterios que desafian al buen juicio! Se trata de un Dios que sufre, que muere y que se ofrece en sacrificio á sí mismo para apagar su propia cólera. ¡La revelacion debe aumentar nuestras luces, y multiplica las imágenes que envuelven la divinidad y el destino del hombre! (1).

La razon nos hace conocer la ley natural; pero se pretende que es insuficiente; mostrádnos, pues, responde *Diderot*, que haya sido perfeccionada por las verdades que nos han sido reveladas ó por virtudes que los hombres ignoraban. “Ahora bien, no puede decirse ni lo uno ni lo otro. La ley revelada no contiene ningun principio moral que no encuentre recomendado y practicado bajo la ley de la naturaleza; luego nada nos ha enseñado de nuevo sobre la moral. La ley revelada no nos ha traído ninguna verdad nueva; porque ¿qué es una verdad, sino una proposicion relativa á un objeto concebido en términos que me presenten ideas claras, cuya trabazon conciba yo? Ahora bien, la religion revelada no nos ha traído ninguna de esas proposiciones; lo que ha añadido á la ley natural son cinco ó seis proposiciones que no son más inteligibles para mí que si estuviesen impresas en antiguo cartagines. Es lo cierto, continúa *Diderot*, que desde la revelacion no conocemos mejor por ella á Dios, ni nuestros deberes: á Dios, porque todos sus atributos inteligibles estaban descubiertos, y los ininteligibles no añaden nada á nuestra razon; á nosotros mismos, porque se refiere en todo á nuestra naturaleza y á nuestros deberes, que se encuentran todos expuestos en los escritos de los filósofos paganos, y nuestra naturaleza es siempre ininteligible; lo que se pretende enseñarnos más que la filosofia está contenido en proposiciones ó ininteligibles ó absurdas (2).

Diderot opone á las tinieblas de la revelacion la espléndida luz de la religion natural: ¿no es la religion natural obra de Dios? Esto es reconocido hasta por los apologistas. “Si es obra de Dios, yo

(1) *El cristianismo al descubierto*, p. 88-91.

(2) DIDEROT, *Pensamientos filosóficos de la suficiencia de la religion natural*, núms. 5 y 15 (*Obras*, t. i, p. 133-136).